



## ITURBIDE EN PADILLA.

### I

Por los años de gracia del Señor 1808 y 1809, estaba en plena y pacífica posesión S. M. el rey de España, de Canarias y de Jerusalén, de sus largos y dilatados dominios de América. En cuanto á México, lo gobernaba como viso-rey el bueno y pacífico don José de Iturrigaray, como recordarán los que tengan una regular memoria; pero no obstante su popularidad y genio pacífico, los mexicanos que trascendieron que el gobierno de la metrópoli no andaba de lo más bien parado á consecuencia de la invasión de Napoleón, procuraron también alborotarse por su parte, no sé si con miras de hacer la independencia de la Nueva-España. En este tiempo y guardando las cosas tal estado, se invitó á un capitán, nacido en Valladolid, para un movimiento contra el gobierno. El capitán era un muchacho que tenía los cascos á la gineta; pero valiente, bien plantado y mejor vestido, que causaba celos á más de cuatro maridos, y traía con los cerebros vueltos á más de cuatro muchachas.

—Estoy corriente en entrar en la revolución, dijo nuestro capitán; pero, “yo he de mandar.”

Los conjurados no quisieron, y entonces el capitán les dijo:

—Está bien; no me mezclaré; pero les pronostico que “jamás harán nada sin mí.”

Esta fué una profecía que se cumplió, por-



que el capitán era nada menos que don Agustín de Iturbide.

El año de 1810 se pronunció por la libertad el cura Hidalgo, y pereció. Después el cura Morelos, y pereció. Después otros, y perecieron también ó se indultaron. ¡Qué de mantanzas, qué de sangre, qué de batallas perdidas y ganadas, qué de inocentes sacrificados, y qué de culpables y asesinos ensalzados! Fué ésta una guerra horrible, cruel y bárbara por ambas partes, que duró once años; al cabo de los cuales, como al gobierno español le importaba cuidar su plata, su oro, su riqueza, su perla, en fin, más querida, que era México, mandó batallones tras de batallones, cédulas tras de cédulas; y merced á esto y á la actividad y energía de los virreyes, el movimiento de independencia se apagó casi del todo, y la sangre y esfuerzos de los patriotas se creyeron perdidos para siempre.

El capitán Vallisolitano durante estos diez años de lucha, había hecho prodigios de valor por la causa de su rey. Tan pronto estaba en una parte como en otra, combatía en los puntos de más peligro, caminaba muchas noches sin dormir y muchos días sin comer, dormía en los barrancos, vivía en los montes, destrozaba de repente las gavillas de insurgentes, tomaba pueblos, se paseaba por las ciudades; en fin, era un hombre con un cuerpo y una alma de fierro, que parecía tener además el don de multiplicarse.

Por estos señalados y distinguidos servicios, le concedió el gobierno de su rey, el empleo de teniente coronel, y después el de coronel.

Aconteció, pues, que en el año de 1820 vino el coronel á México, y como entonces todavía los guerreros tenían gran piedad y devoción por nuestro Señor Jesucristo y la Santa Virgen, se resolvió á tomar los ejercicios de nuestro padre San Ignacio, en la casa de la Profesa.

Entró en efecto el coronel, y viéndose sólo en un cuarto, silencioso y obscuro, con las "Verdades Eternas, Tomás de Kempis y las Postrimerias del hombre," reflexionó acaso por primera vez, después de once

años, en su vida aventurera y turbulenta, en sus acciones y victorias en sus crueldades é injusticias, en sus pasiones y desórdenes. Halló, en efecto, que había cumplido como un buen soldado con su rey; pero que como mexicano, había combatido contra su madre la patria. Ocho días de ayuno, ocho días de disciplina, ocho días de cilicio, una confesión general y una comunión, no bastaban para satisfacer á Dios y á su patria. Hay pecados por los cuales se necesita ir como peregrino hasta Roma, para que sean perdonados; pero los del coronel eran mayores que éstos. ¿Qué hacer, pues? No lo acertaba, hasta que concibió una acción grande, muy grande, que lo reconciliara con Dios y con el mundo (\*).

El coronel trabajó en la casa de ejercicios el plan de Iguala.

A pocos días salió para el Sur con una división destinada á combatir á Guerrero, ese patriota esclarecido que mantenía entre las montañas una leve chispa de libertad. En el Sur, muy lejos de atacar á Guerrero, le dió un estrecho abrazo y proclamó la independencia con sólo ochocientos hombres, mientras el gobierno español contaba con once regimientos expedicionarios llegados de Europa, siete de veteranos, diez y siete de provinciales, y ochenta mil realistas. Las fuerzas eran desiguales; pero era precisamente una grande obra que había meditado, y nada de extraño había en ésto.

Era un día, el 27 de Septiembre de 1821, puro y diáfano en que brillaba el sol en todo su esplendor, y los árboles, las praderas y campiñas de México, aun no habían perdido su esmaltado verdor. En este día todas las gentes salían de sus casas, y el pueblo estaba apiñado en las calles, en las azoteas, en las torres, en las plazuelas. Era un hermoso día por cierto, el primero después de trescientos y pico de años, en que se respiraba á la vez el perfume de las flores y el aura de la libertad.

Entró por la garita de Chapultepec, primero un inmenso número de mujeres y palisanaje, después un cuerpo de caballería, des-

(\*) Véase una nota al fin del artículo.



pués el generalísimo, en un arrogante caballo, rodeado de su estado mayor, después regimientos de caballería y de infantería, cañones, carros y mulas de carga. El ejército trigarante se componía de cerca de veinte y cinco mil hombres. Ese día las madres abrazaron á sus hijos, los hermanos á las hermanas, los esposos á sus esposas, porque el espíritu de independencia se había difundido desde las chozas del ignorante hasta las cátedras de la filosofía, desde la casa del artesano hasta los palacios de los ricos; así que, había en las filas del ejército trigarante, colegiales, licenciados, médicos, artesanos, plebeyos, nobles, ricos y pobres. Los vencedores fueron saludados por la voz de las campanas de las iglesias, por los vivas del pueblo, por los pañuelos de las hermosas, por las lágrimas de los viejos mexicanos; en una palabra, por el regocijo general. Después de esa época México no ha vuelto á tener otro día de tan completo gozo.

El capitán de 1809, el coronel realista de 1820, era también el generalísimo de 1821, que acabó en menos de un año la obra comenzada por Hidalgo en 1810. No sé si se acordaría el generalísimo de la profecía que había hecho el capitán doce años antes.

Si los soldados reflexionaran que la fuerza se nulifica ante el talento, y que las obras que comienzan los hombres de "armas," las concluyen ó trastornan "los hombres de ideas," jamás se mezclarían en otra cosa que en conservar la paz. Esto no es una profecía, es un hecho que hemos visto repetido en estos últimos días. Pero, no hablando de éstos, sino de aquellos tiempos, vuelvo á mi cuento.

Terminadas las fatigas de los "hombres de armas," comenzaron las "fatigas de los hombres de ideas." Se instaló la asamblea constituyente, y comenzó sus tareas "el pensamiento".....

Muchas cosas pasaron hasta las nueve y tres cuartos de la noche del 18 de Mayo. A las diez, cierta parte del pueblo seducida por unos cuantos salió de sus barrios, tomó unas hachas de brea y unas cañaveras, y se



D. Agustín de Iturbide.



embocó hasta las calles donde vivían los diputados de la asamblea constituyente, gritando: "¡Viva el emperador, viva Agustín I, mueran los traidores." Ese mismo pueblo quería también hacer algo por su parte, y efectivamente en la noche corrió por las calles, tiró cohetes, encendió luminarias, bebió aguardiente, y concluyó con irse á dormir en tranquilidad, después de haber proclamado un rey.

Bien haremos en notar ahora una cosa. Los "hombres del pensamiento" no son á veces los más valientes, así es que cuando los "hombres de armas" se atufan, los primeros suelen plegar las alas y esconderse. Esta no es tampoco una profecía sino un hecho, y tan cierto, cuanto que en la época de que hablo, como el ejército aun amaba al que lo había conducido por enmedio del triunfo y de la gloria, apoyó la festiva idea del pueblo; los opositores callaron, y el generalísimo fué nombrado emperador al día siguiente.

En esta vez también sonaron alegres las campanas; también se iluminó la ciudad, y el órgano y los músicos de la catedral, los sacristanes, los bedeles y los canónigos, que es buen decir, estuvieron en perpetuo movimiento y actividad, y era muy en razón, puesto que se consagraba S. M. imperial Agustín. I.

El pueblo, á quien le gusta divertirse con espectáculos nuevos, se agolpó en la catedral. Algunos chicuelos se sofocaron, algunas embarazadas mal-parieron, á algunas viejas les dió dolor de costado; pero esto nada importa, el pueblo empujado por los centinelas, azotado por el perrero, desdeñado por los grandes de esa corte improvisada, se retiró contentísimo, con su rey valiente, con su rey rubio y bien parecido, con su rey libertador, con su rey humano y popular. En el momento de la coronación, puede afirmarse que había una simpatía sincera, íntima, profunda, entre el emperador y el pueblo. Desgraciadamente ambas simpatías duran menos que una mariposa, menos que una flor.



No había trascurrido un año, cuando el emperador, que no podía saciar tantas grandes y pequeñas ambiciones; que no podía acallar las murmuraciones ni curar las fiebres de cerebros, llenos más de orgullo y presunción que de saber, abdicó la corona, y el capitán de 1809, el coronel de 1820, el generalísimo de 1821, y el emperador de 1822, era el 19 de Abril de 1823 un preso infeliz á quien habían perseguido los españoles, engañado sus amigos, traicionado sus adictos, y olvidado sus soldados y su pueblo. La nación que él hizo libre lo arrojaba de su seno, porque su conducta había dejado de ser justa. ¡Lección enérgica para los ambiciosos! ¡Tan cierto es que la adulación cambia los mejores sentimientos!

El pueblo, dicen los historiadores, sintió algo á su rey; pero el hecho es que por la noche se retiró á descansar tranquilo y satisfecho como el día en que lo proclamó.

En cuanto al emperador, como hizo juramento de no derramar en lo sucesivo una sola gota de sangre, se dejó insultar y arrojar de México. Muchos lo acusan de debilidad; yo creo que el no haber quebrantado su juramento y preferido su sacrificio al de sus conciudadanos, es un mérito que dió cima y lustre á la grande obra que comenzó al meditar el plan de Iguala.

Véamos ahora las cuestiones que se caen de su peso. ¿Subió Iturbide al trono porque así lo deseaba, ó por contentar al pueblo y á sus amigos? ¿Creyó Iturbide que efectivamente el pueblo lo proclama rey, ó que sólo era obra de las maquinaciones de sus adictos? ¿Pensó Iturbide en lo poco que dura el favor del pueblo, y lo mucho que puede la envidia de los que no siendo héroes tampoco son pueblo? ¿Fue malo ó bueno su corto gobierno? Si hubiera durado en el poder todo el tiempo de su vida, ¿cuál hubiera sido su carácter? A ninguna de éstas cuestiones me atrevería yo á responder, y simple narrador de lo que me han contado, me limito á decir que el día 11 de Mayo de 1823, en que se embarcó Iturbide en Veracruz, no era ya ni capitán, ni

coronel, ni generalísimo, ni emperador, sino sólo un hombre desgraciado. Bajo este aspecto es digno de tanta veneración, como cuando se le considera libertador de México; porque me avanzo á creer que la desgracia debe ser más respetada que el poder y que la gloria.

Pero nos habríamos muerto de dolor si hubiéramos podido seguir los pensamientos del desterrado, durante esos días eternos y silenciosos que se pasan en el Océano; silenciosos porque no se percibe ese raquílico y loco bullicio del mundo. En el Océano sólo habla Dios, sólo escucha Dios, y sólo protege Dios; ni la amistad, ni las riquezas, ni la sabiduría tienen poder en medio del Océano. ¡Quién sabe si cada bordada del barco sería para el desterrado una emoción de alegría, puesto que se alejaba de una patria ingrata que no lo había sabido conocer, y que lo premiaba con el ostracismo! ¡Quién sabe si en las oleadas que se deshacen y se pierden, veía la semejanza de una turba de aduladores, que con la miel en los labios y el veneno en el corazón, cercan los palacios, las casas y hasta las cocinas de los grandes! Bien desgraciados y bien "pequeños" son esos "grandes," que nunca oyen una sola palabra de verdad, que tienen cerrados los ojos con una nube de cortesanos que les impide ver la miseria de su pueblo, que tienen los oídos de sobra, puesto que los centinelas y magnates, no dejan acercarse al desvalido que pide justicia! Y no nos cansemos, esta es una ley del mundo, aunque bien fatal, que no ha tenido sino muy pocas excepciones en ninguna época ni en ningún país.

El desterrado atravesó, pues, el Océano y llegó á Italia, otra tierra como México, de cielo azul y de verdes campiñas; pero ¿por ventura vió allí las madonas de Rafael y Leonardo de Vinci, las estatuas de Miguel Angelo y Donatello, la arquitectura de Brunellesco y de Giotto? Probablemente estaba tan ocupado de sí propio, tan agobiado con su historia, que veía la tierra de Italia, los edificios y las pinturas, como apariciones mentirosas y fantásticas de un pesado sueño. En efecto, su reinado



y su destierro, fueron sólo una fatigosa transición y un ensueño de gloria y de dolor.

En 20 de Noviembre de 1823 se embarcó en Liorna, con dirección á Londres; pero una fuerte tempestad lo hizo regresar al puerto. Si Dios se digna dar á los mortales algún aviso para que eviten su desgracia, fué éste sin duda el caso en que Iturbide debió haber permanecido quieto en Italia; pero lejos de eso "emprendió su camino por tierra, atravesó rápidamente el Piamonte; "en lugar de tomar por Francia se dirigió "á Ginebra y siguiendo por la orilla derecha "del Rhin, entró por los Países-Bajos; y "embarcándose en Ostende, llegó á Londres el 31 del mismo mes."

Los hombres que de alguna manera han figurado y recibido consideraciones en su patria, aunque ésta se componga de pueblo inculto, de aristocracia ignorante y de mezquinas chozas, no pueden avenirse á vivir errantes, aislados y confundidos entre la multitud, en un país extranjero, aunque este país se componga de pueblo ilustrado, de sábia aristocracia, y de palacios de mármol. Hé aquí la razón por qué todos nuestros hombres públicos lanzados al extranjero por las revoluciones, han vuelto á México, y por qué Iturbide se dispuso á regresar, entrando también en su cuenta que podía aún servir de algo, á fin de que el país inquieto y mal constituido no fuera á perder su independencia.

### III

En una mañana calorosa del mes de Julio de 1824, estaba el señor general don Felipe de la Garza en una pieza de su casa de Soto-la-Marina, recostado en una hamaca que pendía de los extremos de las paredes; con un pie hacía empuje en el suelo para mecerse, y con la mano contraria intentaba, unas veces asirse de una tosca mesa de madera, y otras espantaba los mosquitos que se paraban por sus romás narices y abultados mofletes. Esta diversión duró hasta que abrió la puerta un personaje alto, flaco, vestido con unas calzoneras de gamuza, unos vaquerillos negros y un

sombrero tendido, que con voz áspera dijo:

—Compadre, buenos días.

—Hola, compadre Juan. ¿qué negocios te traen por aquí á estas horas, que está el sol como una áscua ardiendo?

—Cierto que sí, compadre Felipe; pero venía á decirte que las gentes del pueblo aseguran que en el puerto está un buque de donde han desembarcado unos oficiales que se fueron desterrados con don Agustín.

—¿Qué, don Agustín?—interrumpió Garza.

—Estamos frescos, compadre; don Agustín Iturbide, el emperador.

Garza se levantó bruscamente y dió unos cuantos paseos por la pieza; entretanto el compadre Juan puso una pierna sobre la otra y comenzó á despellejar sus toscos zapatos.

—¿Con que eso dicen, compadre?

—No sólo lo dicen, sino que todas esas viejas verdes están ansiosas de ver al emperador, porque es muy buen mozo.

Los ojos del compadre Felipe brillaron con indecible alegría, y continuó diciendo: —Bueno, muy bueno; tendremos cerca de nosotros al emperador.

—Pero si no viene, compadre.

—Maldita sea tu lengua. Eres más bruto que una mula mestefía.

—Conozco que soy bruto, contestó el compadre Juan; pero también creo que de pocos días á esta parte te has vuelto muy sordo, pues solamente te he dicho que unos oficiales han desembarcado.

—¿Y dónde están esos oficiales?

—Sépallo el diablo.

—Con todo, yo debía haberlo sabido primero que nadie. Vuela, compadre; recorre todo el pueblo hasta que encuentres el alojamiento de esos oficiales, y traeme noticias más ciertas.

—Te diré, Felipe, que hace mucho sol, y será mejor dejarlo para la tarde.

—No, no; importa mucho que yo sepa ahora mismo si es verdad lo que me dices. Corre; y si traes buenas noticias, bebemos un buen vaso de vino.

El compadre Juan seguía sin embargo